

Las regiones orientales apenas fueron controladas sino en dos períodos: cuando su hijo y asociado, Antíoco I, se dedicó a ello, emplazando una segunda capital en Seleucia del Tigris, momento que concluye con la muerte de Seleuco en el 281 y con dificultades surgidas en la parte occidental.



De modo paralelo a este culto, llegado de las comunidades griegas, los reyes impusieron en el conjunto de su reino un culto real y dinástico cuyo marco material ellos mismos estipularon y para el que designaron y mantuvieron a un clero. Por todas partes se instituyeron fiestas grandiosas y regulares, con aspectos a menudo dionisiacos, y muy lujosas en algunos lugares. Para mayor seguridad las dinastías se vincularon a un ancestro divino: las monedas difundieron por todas partes las efigies de los reyes-dioses. No obstante, no tenemos sino las manifestaciones oficiales, por lo que no sabemos qué lugar concederles en el sentimiento religioso.

El Asia seléucida

Seleuco, sátrapa de Mesopotamia y luego rey, se encargó de toda la parte oriental del imperio heredado por Alejandro, el Irán y las satrapías superiores. Ahora bien, en el 301 a. C. tomó el control de la Anatolia oriental y el norte de Siria, recuperando con ello cuantas contradicciones había en un reino a un tiempo continental y marítimo. De hecho, las regiones orientales apenas fueron controladas sino en dos períodos: cuando su hijo y asociado, Antíoco I, se dedicó a ello, emplazando una segunda capital en Seleucia del Tigris, momento que concluye con la muerte de Seleuco en el 281 y con dificultades surgidas en la parte occidental. El segundo se debe a Antíoco III que, entre el 213 y el 205 a. C., se lanzó a una "nueva anábasis": proclamó alianzas con los jefes secesionistas, como los Arsácidas, reyes de

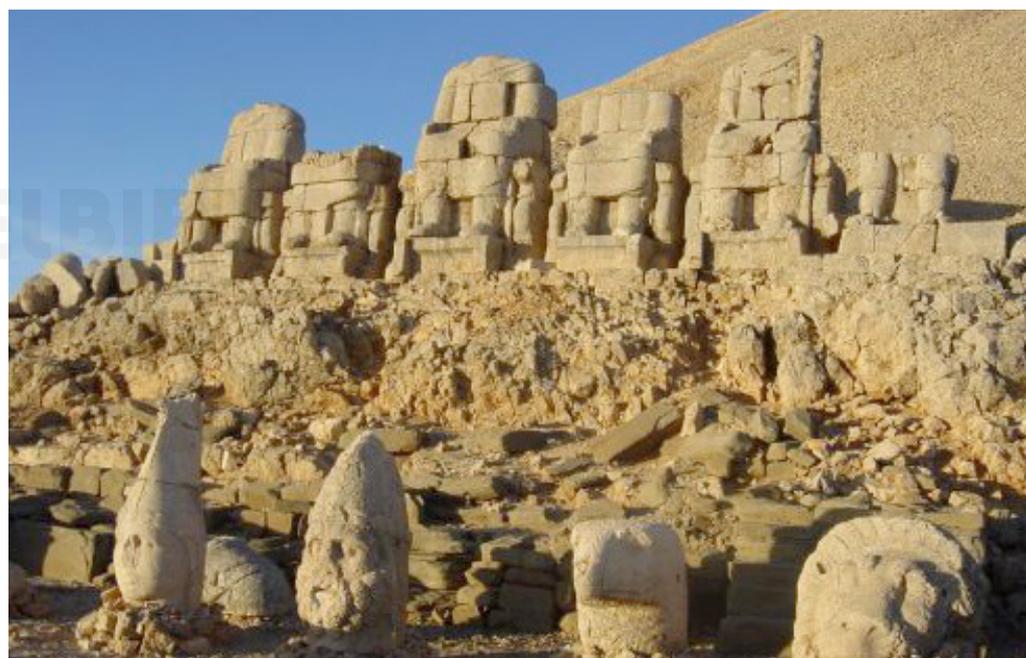


Antioch I y Heracles.

los partos, o con Eutidemo, sucesor de los Diodotas, en Bactriana. Empero, nunca fueron seguros esos principados orientales, a pesar de los testimonios ciertos de influencia griega en las monedas, el arte, el urbanismo y los modos de vida. El gran peligro vino de los partos, cuyo poderío incesantemente creciente acabó por confinar a los Seléucidas en Siria. En efecto, no era posible la vigilancia, pues había que velar por el grano de Siria y Anatolia.

Así las cosas, los Seléucidas establecieron en la Siria septentrional el corazón del reino, todo mediante la fundación de la tetrápolis compuesta por Antioquia del Orontes, con el puerto de Seleucia de Pieria y por Apamea, con Laodicea de Mar. Por lo demás, reivindicaban la Celesiria, contra los Lágidas y, lejos de lograrla, fueron ellos mismos parcialmente ocupados por sus vecinos que, entre el 246 y el 219 a. C., mantuvieron guarnición en Seleucia de Pieria.

La difícil recuperación, tras Curupedio, en el 281 a. C., de las plazas dominadas por Lisímaco, se complicó con el peligro que suponían las bandas de saqueadores gálatas.



Santuario de Antíoco I.

En Asia Menor la dominación seléucida también sufrió avatares. La difícil recuperación, tras Curupedio, en el 281 a. C., de las plazas dominadas por Lisímaco, se complicó con el peligro que suponían las bandas de saqueadores gálatas. No obstante, hacia el 270 – 268 a. C., Antíoco I obtuvo sobre ellos una victoria que le permitió circunscribirlos a la Frigia del norte, aunque, luego, esto no impediría que, en períodos turbulentos, efectuasen algunas incursiones. Por lo demás, en las costas sur y suroeste y en Tracia, los Lápidas mantuvieron, hasta el 202 – 195, el control de un cierto número de ciudades. Así, en torno a Pérgamo, se constituyó un Estado dinástico cuyas pretensiones fueron en aumento. A todo ello, la Liga del norte se negaba a cualquier sumisión mientras que, a lo largo del Mar Negro, se consolidaban Estados que escapaban a todo control exterior: Bitinia, Ponto y Capadocia. Por lo demás, en las regiones sometidas, de extensión variable según momentos, sucedía que la autoridad fuese confiada a príncipes reales tentados por liberarse de la tutela del rey, tras lo cual hizo falta un enfrentamiento militar para poner término a sus pretensiones, de lo que se beneficiaron los gálatas y pergaminos.

Seleuco I, fue el último de los llamados diádocos. Reinó en Babilonia y Siria desde el 305 a. C. al 280 a. C.

De esta manera, estamos ante la presencia de una historia confusa y agitada, digna de este reino cuyas bases administrativas y sociales, en buena parte, se nos escapan.

El rey estaba rodeado por un cierto número de personas, raramente calificadas según sus funciones, sino llamadas "amigos" (philoí) o "parientes" (syngeneis), sin que por ello se correspondiera necesariamente con relaciones de verdadera amistad o parentesco. Al final de la monarquía, toda una jerarquía áulica los dividía en "amigos", "amigos honorables", "primeros amigos", etc. Así, formaban una especie de orden cuyo acceso determinaba la voluntad real. Ejecutaban las tareas de gestión necesarias, circulaban por el reino y servían con frecuencia como intermediarios entre los súbditos o las ciudades y el rey, pues tenían libre acceso a éste sin que, no obstante, dispusiesen de ningún poder funcional. Entre ellos se elegían los

consejeros a quienes el rey consultaba las decisiones graves o difíciles, aunque sus consejos no tenían valor sino cuando el rey los hacía suyos. Ahora bien, salvo algunas menciones a intendentes, prepositos de algunos asuntos o del ejército, no apreciamos menciones a servicios administrativos centrales bien nutridos. Existía, seguramente, una cancillería, para la transmisión de las órdenes y las respuestas: la carta procedía siempre del rey en persona, al menos, formalmente. De esta manera, vemos a Seleuco I abrumado por esta correspondencia, dedicando horas a recibir a todos los embajadores y diputaciones que se le envían y que, a menudo, tienen encargo de comentar la misiva de que son portadores o de negociar. Todo depende del rey, pues es él la única fuerza unitaria de este heterogéneo reino.

Esta mediocridad de la administración central se explica, de hecho, por la organización territorial. Por ello, Seleuco, heredero de los persas aqueménidas, prefirió no trastocar el sistema de satrapías. De muy variables dimensiones, según zonas (inmensas en el este, menores en el oeste), generalmente correspondían a demarcaciones étnicas o históricas.

Con todo, si creemos al Económico del Pseudo-Aristóteles, que describe la gestión fiscal al poco tiempo de la conquista, los sátrapas percibían todas las rentas y corría a cuenta suya pagar al tesoro real la contribución impuesta por éste. Tenían también una oficina de registro y archivos. Más tarde, desde Antíoco III, esos administradores serán estrategos y, en adelante, la responsabilidad militar no dependerá ya de las funciones civiles y fiscales. Empero, no es seguro que nunca se uniformase el sistema en uno u otro sentido.



La historia atestigua una tendencia generalizada a convertir en propiedad plena cualquier donación en precario.



El poder de estos jefes de circunscripción se ejercía sobre la tierra del rey, la *khora basiliké*. Además de estar constituida por algunas plazas fuertes y guarniciones, también lo estaba por aldeas (*komai*) a las que los habitantes estaban adscritos de por vida, en virtud del principio de la *idia*, asimismo conocido en Egipto.

Incluso si se iba a vivir a otro lado, el individuo continuaba dependiendo administrativa y, sobre todo, fiscalmente a su colectividad aldeana de origen. Así se entiende mejor cómo el rey podía ceder como regalo a unos *laoi basilikoi* junto con la tierra en la que estaba su aldea, por más que algunos vivieran en otra parte: ni adscritos a la *gleba* ni obligados a residencia fija, seguían integrados en la unidad fiscal representada por su *komé*, sin que hubiera hecho falta modificar continuamente la distribución de impuestos. Lo que el rey cedía no eran hombres en servidumbre, sino las rentas fiscales representadas por esos *laoi*. Es posible que pueblos parecidos fuesen fundados con macedonios, al menos en lo que respecta a aquellos poblados aledaños de la tetrápolis siria, muchas veces utilizados para disponer de una masa permanente para recluta. Esta *cora* conocerá importantes variaciones territoriales debidas a los éxitos y fracasos militares, a las confiscaciones e insurrecciones y, finalmente, a los *dones regios*. Normalmente, lo que de la *cora* da el rey recibe a título de precario, por lo que el monarca puede recuperarlo. No obstante, el rey mismo puede renunciar totalmente a sus derechos autorizando al beneficiario a vincular esa tierra a una ciudad autónoma. Además, la historia atestigua una tendencia generalizada a convertir en propiedad plena cualquier donación en precario. Ahora bien, un texto tardío de Dura Europos, antigua ciudad fundada en el 300 a. C. y asentada sobre restos de una localidad semita, limita las posibilidades de herencia a los abuelos y primos paternos. A falta de herederos autorizados, la tierra retorna no a la ciudad, sino a la corona.



Estatua de un guerrero gálata del período helenístico.



Ptolomeo I Sóter, diádoco, rey de Egipto (305 a. C. - 285 a. C.) y fundador de la dinastía Ptolemaica, también conocida como Lágida, por el patronímico de Ptolomeo. Derecha: Antíoco.



En efecto, los soberanos recurrieron a la tierra ganada por derecho de conquista a fin de crear nuevas ciudades. Así, a antiguas ciudades indígenas se les añadieron aglomeraciones griegas o creaciones nuevas en puntos neurálgicos, en parte por seguridad, sobre todo de cara a los nómadas, como también para el comercio o para manifestar una presencia griega. Estas nuevas ciudades se establecían por voluntad del rey y a sus expensas: pagaba la construcción y las murallas, proveía del suministro de agua y de las provisiones para el primer año y, probablemente, renunciaba por algún tiempo a la percepción fiscal, estableciendo kleroi repartidos entre los ciudadanos. Se preocupaba, en fin, de asegurar su poblamiento, estableciendo veteranos, llamando voluntarios, pidiendo ayuda a las Ciudades griegas o imponiendo trasvases. Por ejemplo, en Anatolia, pueblos ya helenizados se agruparon para formar nuevas ciudades, que disfrutaban de una autonomía municipal ejercida mediante instituciones de origen griego: asamblea, consejo, prítanos, tribus, arcontes, etc. Por lo demás, su potencia militar y fiscal hubo de ser empleado a menudo, preferentemente in situ, sobre todo en el caso de ciudades lejanas y en los períodos de debilidad de la autoridad



La situación de las viejas ciudades griegas era algo distinta. Aunque ganadas por derecho de conquista, era menester condescender. Los dueños sucesivos les concedieron, en general, la autonomía: casi todas tenían acceso al mar, mientras que los Seléucidas nunca pudieron formar una fuerza naval muy seria. Sobre todo, la autonomía de estas ciudades era muy ventajosa para el rey: con ello se aligeraba su administración, mientras que la sumisión total no hubiera bastado para garantizar su fidelidad. Con todo, las ciudades ya no tenían prácticamente fuerza militar. De manos de un dueño a las de otro, estaban condenadas a seguir la suerte de las armas de los nuevos grandes de su mundo. Sin embargo, si bien el rey no parecía muy exigente sobre el importe del tributo o, más bien, de la contribución de guerra, si no imponía guarnición, si les ayudaba en casos de penuria agrícola, financiera o militar o si respetaba las formas diplomáticas, por su parte las ciudades le fueron fieles en la medida de sus medios, y siguieron existiendo como ciudades griegas tradicionales, libres de hacer funcionar sus instituciones a su modo, de elegir las modalidades de reparto de impuestos entre sus ciudadanos y habitantes, de gravar o desgravar a los comerciantes nacionales o extranjeros, de conceder a quien quisiese la ciudadanía o los honores de toda especie y de organizar sus cultos. Incluso su diplomacia da fe del gran margen que se les deja, con tal de que no se alíen con los enemigos declarados del Seléucida.



El ejército, con sus contingentes de mercenarios, de aliados y súbditos y de "macedonios" y con sus elefantes, es imponente.



Por eso mencionan las cartas reales a "las Ciudades que están en nuestra symmaja", por lo que no era enteramente ficticia la libertad de asociación que tal fórmula implicaba. Naturalmente, cuando el rey es fuerte y, por ende, mejor protector y más amenazador, se multiplican las muestras de agradecimiento e, incluso, de servilismo hacia él, de lo que se benefician sus "amigos". Si, por el contrario, las dificultades lo paralizan y alejan y debilitan su autoridad, se multiplican las iniciativas de acercamiento a otras Ciudades e, incluso, se prepara la acogida a nuevos protectores. En efecto, los problemas sociales y económicos que las abruman les imponen duros constreñimientos políticos.

El ejército, por su parte, con sus contingentes de mercenarios, de aliados y súbditos y de "macedonios" y con sus elefantes, llevando cada cual a cuatro tiradores, es imponente.



Así las cosas, sabemos que hay otras colectividades que escapan a la autoridad directa de los sátrapas. Esto es lo que sucede con los templos, tales como el de Jerusalén o el de Babilonia, o con los principados en manos de dinastas, en número creciente. No obstante, eso depende de la historia judía, babilonia, irania, etc. De hecho, se trata de toda una serie de regiones o enclaves sobre los que la autoridad del conquistador nunca pudo imponerse verdaderamente. Cuando la relación de fuerzas no les favorecía, pagaban tributo y enviaban soldados, y a medida que el Estado seleúcida se debilitó, se desentendieron de sus obligaciones.

Los principales determinantes de la organización del reino y de las exigencias regias son las finanzas y el ejército. Por ellos, se deben al rey cierto número de tasas: como soberano de las comunidades sometidas, puede exigirles el foros, un tributo pagado en dinero o en especie según los casos, cuyo monto es independiente de la variación de los recursos y que se fija para varios años, distribuyéndose entre sus miembros por la comunidad sometida. Obtener su exención se busca como signo de autonomía, sobre todo en caso de las ciudades griegas; en tal caso, se les pide una contribución de guerra, sobre la que apenas tenemos datos. Como propietario de la tierra, el rey percibe una renta, mejor en especie que en metálico, para engrosar las notables reservas de cereales y otros productos gracias a las cuales puede hacer dones a las ciudades o regiones amenazadas de carestía o a pueblos cuyo agradecimiento desea ganarse. A ello se añaden multitud de tasas: aduanas, peajes de toda clase, derechos sobre ventas y permutas o sobre productos como la sal o los rebaños. Por último, el rey cobraba directamente las rentas mineras, de canteras y de bosques. Su benevolencia para con las comunidades le valía, por su parte, donaciones libres que tenían tendencia a hacerse obligatorias y cuyo ejemplo mejor conocido es el de la corona.

Cabe preguntarse si estos impuestos llegaban a las arcas reales. De hecho, muchos se concentraban en la satrapía, que los empleaba o los atesoraba, mientras que otros iban directamente a las arcas de las nuevas ciudades a las que el rey debía ayudar a sobrevivir. Por último, las viejas Ciudades griegas continuaban cobrando por su cuenta los impuestos indirectos y las tasas directas sobre las rentas de la tierra y el ganado. En realidad, el fisco real imponía a cada comunidad un monto global y se despreocupaba del procedimiento de cobro, por lo que utilizaba su administración satrápica para vigilar el pago y preferir no reunir en un solo punto del reino la totalidad de sumas y géneros así percibida, de la que redistribuía una parte: donativos o colectividades o particulares, subvenciones políticas, guerra de defensa, pagos de guerra, etc.

Jinete Macedonio.



El ejército, por su parte, con sus contingentes de mercenarios, de aliados y súbditos y de "macedonios" y con sus elefantes, llevando cada cual a cuatro tiradores, es imponente. Los mandos son decididos por el rey, sin que exista una carrera jerarquizada. Con todo, la cuestión de la recluta sigue siendo, en parte, oscura. Las cifras totales son impresionantes, pero las tropas ligeras, únicas con las que pueden contribuir los orientales, son mucho más numerosas. La infantería pesada (falange), que exige un entrenamiento permanente, en cambio es reducida, y se nutre de las numerosas comunidades "macedonias" establecidas en Siria, en el norte de Mesopotamia y en Anatolia. Las ciudades griegas no parecen obligadas a enviar contingentes.

Aún se discute si los kleroi asignados a los colonos comportaban cargas militares. Quizás los colonos estuviesen obligados a defender su ciudad fortificada y, así, detener o retrasar un avance enemigo. A falta de documentos epigráficos estamos condenados a estas incertidumbres.

El poderío pergameno

La aventura pergamena es una muy buena muestra de los recursos que contenía la tan disputada Asia Menor. De hecho, Pérgamo, situada a 30 kilómetros de la costa del mar Egeo y frente a la isla de Lesbos, es un espolón de 335 metros de altura, recortado por dos afluentes del Caico que en origen no fue sino una ciudadela de fácil defensa en donde Lisímaco de Tracia guardó parte del tesoro de guerra macedónico, encomendándolo a la custodia de Filetero, gobernador de la zona. No obstante, en el 282 a. C. éste optó por abandonar al rey a sus intrigas de corte y apoyar a Seleuco. Luego, una vez que Seleuco cayera asesinado, se alió inmediatamente con Antíoco e, incluso, pagó para él el rescate de los restos de su padre. De esta manera, y durante veinte años, el principado disfrutó de gran autonomía, reconociendo la lejana soberanía seleúcida tal como atestiguan las monedas. Así, el dinasta se esforzó por contener a los gálatas que por entonces multiplicaron sus incursiones a través de la península, aumentando su influencia en Asia Menor, mientras desarrollaba relaciones de beneficencia con las Ciudades griegas del continente como Delfos y Tespis.

Con todo, por razones que aún se desconocen, su sucesor Eúmenes rompió con el Seleúcida y una guerra victoriosa le permitió expandirse, esta vez a través del macizo del Ida, hacia el noroeste y, al sur, hacia el Hermo. Es más, la efigie de Filetero sustituyó en las estáteras a la de Seleuco, controlando también, aunque sin anexiones, pequeñas Ciudades eolias. Así las cosas, las luchas contra los gálatas y las dificultades de los Seléucidas con sus gobernadores en Asia Menor, tal como sucedió con Antíoco Hiérax entre el 241 y el 226 a. C. y, luego, con Aqueo, hacia el 222 y el 213 a. C., permitieron un primer acrecimiento notable del reino pergamino y un notable aumento del prestigio de los Atálidas.



Pergameno.